

¡Tierra y Libertad!

Numero suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pts
Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 . . .
Extranjero . . . 1'50 . . .

LA VIOLENCIA Y EL MIEDO

Durante toda la semana y seguramente como consecuencia del atentado de que fué objeto el rey en Madrid al regresar de la jura de la bandera, han circulado por Barcelona los augurios más desoladores.

Las precauciones adoptadas para el acto de la jura en Barcelona han superado a toda ponderación. Los temores han resultado infundados y el acto se ha deslizado sin novedad.

No negamos que el miedo a los actos de violencia por las autoridades y burguesía esté más o menos justificado. Sostenido el armatoste social por medio de la violencia, los resultados han de ser deplorables para los que soportan toda la injusticia social.

Pero la torpeza de la burguesía, enemiga de todo cuanto signifique libertad, y causante principal, más o menos directamente, de todos los atentados ocurridos en los últimos años, quiso aprovechar el acto del domingo para hacer circular noticias que obligaran a las autoridades a cometer toda clase de atropellos, presentando como complot el acto del anarquista Sancho, que ha quedado comprobado que fué uno de tantos hechos de carácter individual.

Nosotros protestamos constantemente de las violencias de los de arriba y lamentamos sinceramente las violencias de los de abajo; pero, como anarquistas, como colectividad que ha estudiado profundamente las causas del malesar social, decimos a la burguesía que las explosiones del odio no se evitan ni con persecuciones injustas ni con pactos del hambre. Se evitan implantando ideales de amor y de justicia.

Es preciso que antes de analizar la visión del momento se analice la visión del siglo, y antes de analizar un siglo ha de analizarse una época.

La burguesía del siglo XX es incapaz de estudio; sólo entiende de números. Si estudiara la historia vería que toda ella es una permanente violencia contra los trabajadores.

Sin la protesta de la burguesía las cámaras de Versalles barrieron a cañonazos en 1871 a 35.000 trabajadores. Sin su protesta los gobiernos de casi todas las naciones organizan horribles matanzas en

las que sucumbe lo más florido de la juventud. La violencia es el nervio de la historia. Las plantas del hombre han marcado con crímenes sus pasos de avance por la senda de los siglos.

Por la violencia han sido aniquiladas las razas indias por los conquistadores europeos, y la violencia empleó Pío V contra los albigenses, exigiendo el exterminio de todos, pues «si había inocentes entre las víctimas, Dios, en el cielo, sabría elegir los suyos», y por todas partes vemos la violencia representada en el fusil de repetición, en el cañón de cien toneladas y en el acorazado gigantesco.

¡Preciso es acabar con este estado de violencia y a ello va encaminado el ideal anarquista.

¡Seamos justos en lo posible! Rechacemos el crimen, pero con igual criterio para juzgar los delitos de abajo y los de arriba. Pesemos en una ideal balanza de justicia las miserias acumuladas a través de muchas generaciones; el embrutecimiento del trabajo forzado; la insuficiencia de inteligencia y de moralidad. Calculemos la cantidad, la culpa colectiva que entre todos tenemos en el bastardeamiento espiritual que extravía los caminos y las ambiciones de los hombres, y pensemos en que el equilibrio es la ley suprema del flujo y reflujo social, y que cuando hay dos energías frente a frente y tienen entre sí diferencias no compensadas, se realiza un hecho transformador, lo mismo entre los átomos que entre los hombres, para restablecer el equilibrio. Son ley; es naturales y esencialmente científicas.

Nadie más interesado que nosotros en que termine este estado de violencia. Ella ha producido entre los amantes de la libertad y de la emancipación infinitas tumbas de mártires nunca redimidos.

Si, acabemos con la violencia; pero para conseguir esto no olvidemos, mejor dicho, no olviden que la violencia de los de arriba, engendra la violencia de los de abajo; que las injusticias y atropellos no pueden producir otra cosa que obcecación y rebeldía.

Acabemos con ella y habrá terminado el temor y la intranquilidad burguesa.

ayer, a poner su fuerza muscular al servicio exclusivo de la industria, y entra en la categoría de concurrente humilde, imperfecto y débil de la máquina.

Únicamente siente la solidaridad de la especie humana por los muchos deberes que le impone, mientras que apenas le concede algún derecho. Si no encuentra sitio donde emplear su fuerza, o si lo tiene inactivo por la enfermedad o la edad, la sociedad, es cierto, se encarga de él, le da limosna si mendiga, si tiene fiebre le acuesta en una cama de hospital, a veces le hace entrar en un refugio cuando la vejez le abruma; pero ¡con qué cara más fosca y más desagradable cumple tales deberes! Ofrece a su pensionista, en mal hora encontrado, más humillaciones que bocados de pan; en tanto que por el lado hacia su hambre y cubre su desnudez, declara por otro que es una vergüenza grande aceptar los servicios de su mano, y hace gala del mayor desprecio por el desgraciado que recurre a su bondad. El ahorro para los días sin trabajo, para la vejez o para una enfermedad, resulta imposible al proletario. Si no gana lo indispensable para cubrir sus primeras y más apremiantes necesidades, ¿cómo ha de separar algo de su jornal? No puede pensar en pedir por su día de trabajo un precio que le asegure algo más que la satisfacción de sus más precisas necesidades, porque es muy grande el número de desheredados, y como siempre aumenta, el proletario encontrará con toda seguridad concurrentes que se den por satisfechos con un salario suficiente para no morir de hambre.

Si el trabajo produce más, baja el precio de su producto y su salario continúa siendo el mismo si no disminuye; por consiguiente, apurando sus fuerzas, él mismo rebaja la mercancía y quita precio a su trabajo.

Este hecho no se verificaría si la producción de la gran industria se determinase por la demanda. En tal caso no podría haber nunca exceso de producción: la abundancia de los bienes no disminuiría su valor; el obrero recibiría por más trabajo más salario. Mas los capitalistas falsean el juego natural de las fuerzas económicas. Un emprendedor crea una fábrica y hace confeccionar mercancías, no porque abrigue la convicción de que responden a una necesidad, sino porque posee un capital, quiere sacarle intereses y conoce a un vecino que tiene una fábrica y se ha enriquecido con ella. El capricho individual o la falta de inteligencia sustituyen a las leyes económicas, y el mercado se encuentra obstruido por la superabundancia de productos, porque en la zaza de los millones un individuo ha seguido una falsa pista.

Indudablemente, el error sufre su castigo, el emprendedor rebaja sus precios hasta que sucumbe; caen con él los demás fabricantes del mismo artículo y se desencadena una crisis local o general sobre todo un ramo de la producción. Mas la verdadera víctima es el proletario, que hasta que el emprendedor ha agotado su capital y no ha podido continuar, ha tenido que trabajar más y más a cambio de un salario cada vez más corto, y que cuando llega el desenlace de la lucha desigual entre la oferta y la demanda, se encuentra privado de pan por más o menos tiempo.

Tal es, en resumen, el papel del proletario y el emprendedor en la gran industria: aquél hace posible a éste la acumulación de fuertes capitales; estos capitales buscan empleo y creen hallarlo en la creación de nuevas fábricas: resulta de aquí un exceso de producción y una áspera concurrencia, cuya natural consecuencia es la rebaja en el precio y el salario, y estalla, por fin, la crisis que priva a los obreros del trabajo. De este modo el esclavo industrial hace rico a su señor, y en cambio, éste le escatima primero su pan, y por último se lo quita. ¡No encontramos aquí una hermosa demostración de la justicia de la situación económica actual!

Requerida la cooperación del compañero Anselmo Lorenzo para el mitin que los obreros tipógrafos de Barcelona celebraron el domingo pasado y no pudiendo asistir por tener que dar una conferencia en el Centro de Cultura Racional, envió el trabajo que publicamos a continuación, cuya lectura fué acogida con entusiastas aplausos.

A la Tipografía barcelonesa

COMPANEROS:

Privado de asistir a vuestra reunión por compromiso anterior, y agradecido profundamente por el recuerdo que me han dedicado vuestros compañeros, saludo a la Tipografía Barcelonesa, a la que dediqué treinta años de mi vida y de la que me separa actualmente mi invalidez.

Conscientes de vuestro derecho y en posesión de la fuerza necesaria, presentáis vuestras reivindicaciones al cuerpo patronal, y sintiéndome obligado a contribuir a vuestro triunfo, juzgo útil exponer consideraciones de orden social que justifiquen vuestra demanda.

Ejercemos los tipógrafos una de las fun-

ciones más importantes de la sociedad humana, porque la imprenta es la manifestación más grandiosa y potente de la conciencia y de la solidaridad humanas, representadas por la historia y por la ciencia, que por la imprenta viven y se desarrollan: por la primera nos sentimos miembros de esa gran colectividad, que tanto vale porque es capaz de perfeccionarse en escala ascendente hacia la perfección absoluta, y por la segunda se opera la gran comunión del pensamiento, en que el individuo participa de la vida intelectual del conjunto, y éste aumenta a cada instante por el recíproco concurso de aquél.

Registra la imprenta cuanto sucede y cuanto se sabe; adelanta las hipótesis precursoras de los futuros conocimientos; sirve de único medio de expresión a esas grandes concepciones del genio, que abarcan en su inmensidad el absoluto o pretenden fijar los límites de la infinita esfera de acción del corazón humano, del mismo modo que satisface las necesidades de publicidad del utilitario, del empírico y del indiferente.

En los parlamentos, en los concilios, en las academias, en los tribunales, en el gabinete del sabio y del literato, en las redacciones de los periódicos, en los teatros, en el hogar burgués y en el tugurio del jornalero se siente la vida de la imprenta, semejante a la circulación de la sangre, que no deja órgano ni diminuta célula donde no lleve su vivificante influencia.

Antes del descubrimiento de la imprenta sólo existía como lazo de unión humana el dogma religioso y la tiranía política; pero esta unión era relativa, por cuanto establecida infranqueable muralla entre los creyentes de las diversas religiones, e indigna, por cuanto separaba indefinidamente a los vasallos de los diferentes dominadores de las naciones. Mas cuando la obra de Gutenberg recogió con indestructibles caracteres el fruto del pensamiento, cuando con ellos se popularizó la ciencia y por ellos llegó a todos los hombres la noción y la conciencia de su derecho, quedaron sentadas las bases primitivas de la futura unión universal en la aspiración a la belleza, a la verdad y a la justicia.

Producto de la imprenta son el libro y el periódico.

El libro es el archivo del saber: la ciencia, la filosofía, la bella literatura, la poesía, la crítica, los sistemas, las religiones; todo cuanto ha brotado del pensamiento y de la imaginación del hombre hállase consignado en él; todas las esperanzas, todas las ilusiones, todas las verdades, todas las afirmaciones formando infinitas combinaciones con los sencillos signos del alfabeto, llenan esas innumerables páginas, desafiando con su indestructible existencia el furor y el fanatismo de los impotentes Omáres del porvenir.

El periódico surgió luego como consecuencia lógica cuando empezaron a sentirse los efectos del libro. Si la Enciclopedia produjo la Revolución, el periódico la impulsó hasta sus últimas consecuencias, consignando los acontecimientos, discutiendo los actos y las personas, acumulando las ideas y levantando esas terribles tempestades de la pasión que, ora conmovían hasta sus cimientos las más seculares instituciones, ora presentaban en brillantes espejismos las más encantadoras utopías.

Con el libro almacenamos, perfectamente clasificados, todos los conocimientos; con el periódico luchamos diariamente por la conquista de la libertad y de la igualdad. No importa que como vestigios del pasado las clases privilegiadas quieran velar la verdad en el libro, y dar falsa dirección a la opinión pública por el periódico, porque, verdadera arma de dos filos, se vuelve contra el imprudente que de ella abusa, y si por nuestro compoñedor pasan diariamente sofismas destinados a detener la marcha del progreso, también pasan las reivindicaciones y las nuevas orientaciones señaladas por el pensamiento.

Tras la grandeza que ennoblece a la imprenta se oculta la miseria del tipógrafo, verdadero ilota en medio de la moderna civilización.

En el trabajo nocturno y rabiosamente acelerado de los diarios, marchita el tipógrafo su juventud haciendo un derroche de vitalidad igual si no superior al que se verifica en el fondo de una mina o en lo más duro de las faenas agrícolas; en las imprentas de los trabajos corrientes, sometido a condiciones más humillantes y aceptando un vil jornal determinado por una concurrencia patronal que sólo sabe escatimar sobre el precio de la mano de obra, no gana siquiera lo indispensable para la subsistencia, llegando, ciego y anémico, después de una vida de penas y dolores, a una vejez prematura, si antes la tuberculosis no le arranca los pulmones para arrojarnos ante el altar del capitalismo como digna ofrenda el ídolo maldito que adora la época presente.

En tal situación, la Tipografía Barcelonesa, reconociendo como declaró su ilustre compañero Farga Pellicer en el primer Congreso obrero de Barcelona en 1870, que el salario, cuando lo tenemos, es la forma

práctica de nuestra esclavitud, confiando en la solidaridad de la Tipografía Española, presenta la demanda de las ocho horas como base de inmediatas y futuras reivindicaciones, y también para asegurar el trabajo a todos los compañeros y aun defender su vida por un mayor descanso, por un límite al derroche vital exigido por la explotación.

Que los tipógrafos no asociados acudan al seno de la Unión Obrera del Arte de Imprimir; que en toda la Tipografía no se reclute un solo esquirel si llegara el caso de soltar el compoñedor; que nuestros compañeros de trabajo en todas las ramas de la industria reconozcan y aprueben vuestra orientación emancipadora, tal es mi vehemente deseo, enviándoos con esta manifestación mi más afectuoso saludo fraternal.

ANSELMO LORENZO

Los periodistas

Leo en un trabajo sobre la guerra, de Pierre Brodeur, insertado en *La Société Nouvelle*, lo que sigue referente a esa clase de gente que pomposamente se llama periodistas.

«No creemos que exista actualmente oficio más humillante y despreciable. La industria de la mujer pública, a su lado parece respetable. Cuando menos no es anónima. La prostituta librando su cuerpo puede contaminar varios individuos; ella es responsable. El follón que Carlos Fenestrier llama justamente un «abejón» obra bajo careta. Sus bajas excitaciones, unidas a las noticias falsas o desfiguradas que tiene por misión divulgar, hacen perder el juicio a millones de seres humanos, conduciéndolos a las peores aventuras.

A excepción de algunos raros escritores que no deshonran su pluma cuando por azar, siguiendo el uso francés, la ponen al servicio del periodismo, la mayor parte de los profesionales que redactan los diarios no tienen otra ambición que ser agradables a los financieros o a la pandilla que los harta.

No se preocupan nada de su opinión personal ni de la investigación de la verdad, que debe guiar siempre a aquél cuyas ideas forman o modifican la opinión de otro.

Escriben dócilmente lo que se les manda escribir: Su preocupación esencial es ganar su sueldo con arreglo a las condiciones según las cuales han sido contratados. Siguen la moda en la medida hasta donde concuerda con los gustos o los sentimientos de sus directores.

Hace diez años el pacifismo era bien visto. Eran entonces pacifistas con lirismo. Celebraban la teoría de la no resistencia al mal, de León Tolstói. Hoy el viento ha cambiado. El culto de la fuerza redentora, la exaltación de la lucha, la doctrina de la eliminación lógica y necesaria de los débiles y de los impotentes en provecho de los más aptos y mejor dotados recluta adeptos en número creciente cada día. El imperialismo renace de sus cenizas con las intensas convulsiones del capitalismo en su apogeo. Y, naturalmente, es necesario que los periodistas se dejen llevar por la corriente. A fin de hacerse valer y plantar a sus compañeros menos hábiles o menos rápidos en discernir cual será la manía de mañana, los redactores de gacetas saben, cuando se tercia, exagerar las tendencias momentáneas.

Luis Bonafoux se extrañaba en una crónica, hablando de las atrocidades de la guerra, de que todos los periódicos, a excepción de los libertarios, se dolieran de los horrores de la guerra pero que ninguno abominara de ella.

Hasta ahí llega la pobreza de espíritu de los periodistas: dolerse de un mal y, sin embargo, seguir alimentándolo para dar gusto a la burguesía y porque se lo manda su director.

Y esos no conciben o no quieren comprender que haya obreros idealistas, desinteresados que defiendan, aun a costa de privaciones y sacrificios, un ideal.

¡Y el orgullo y vanidad que se traen! Porque saben trazar una crónica siguiendo las reglas de la gramática, se creen superiores a todos los que no han aprendido a hacerlo. Y con esa autoridad echan incienso y lamen al que está arriba y piteotan y escupen al caldo, y todo, no porque así lo sientan, sino para cobrar unas miserables pesetas y obtener favores.

La clase más despreciada por ellos es la productora, la que trabaja en el taller y la que labora en el campo. Y es porque muchos de éstos admiran como dioses a los que escriben, creyendo que el trazar un artículo tiene más mérito que montar una máquina ó cualquier otro trabajo suyo.

Falta de educación propia es eso. Tan influenciados estamos de nuestros antepasados que no sabemos urgar conscientemente en la esencia de las cosas.

A veces comprendemos perfectamente que nadie hace más de lo que puede y, sin embargo, llenamos de alabanzas al que ha realizado una labor que se destaca algo. El que escribe un libro, el que da una conferencia es porque reúne cualidades para ello

Actual situación económica

Al lado de la minoría de ricos ociosos que viven a costa del trabajo de los demás y del grupo de los inútiles que creen poder tener por un título cualquiera el derecho de vivir como parásitos, hemos visto al obrero industrial arrancado al suelo que le alimenta naturalmente. ¡Qué figura más lastimosa la de ese proletario en medio de nuestra tan decantada civilización! ¡Qué crítica tan terrible de nuestro estado social! Cítanse con frecuencia las frases con que La Bruyère describía al aldeano francés de su época:

«Vemos de vez en cuando algunos animales feroces, hembras y machos, esparcidos por el campo, negros, lividos, tostados por el sol, apegados a la tierra, que cavan, y remueven con invencible terquedad; tienen algo así como voz articulada, y cuando se ponen de pie ensañan un rostro humano y, efectivamente, son hombres. Llegada la noche, se retiran a sus cubiles, donde viven de pan negro; agua y raíces; ahorran a los demás hombres la fatiga de sembrar, labrar y cosechar para vivir, y por lo tanto, merecen no carecer de ese pan que ellos han sembrado.»

La descripción se ajusta al trabajador de nuestros días. Alimentado miserablemente; reducido a comer patatas y despojos de carne; envenenado por el mal aguardiente que bebe para tener la ilusión de un sentimiento de fuerza y hartura; mal vestido con un traje especial que desde lejos le señala como un desheredado, como un pobre; abandonado a la sociedad por la falta de tiempo y de dinero, se confina en los más sucios y sombríos rincones de las grandes ciudades. No sólo carece de participación en los alimentos superiores que la tierra produce, sino que la luz y el aire que, no obstante subsistir en apariencia para todos los seres vivos, se le limitan a él o se le niegan por completo.

Su insuficiente alimentación y el inmoderado gasto que hace de sus fuerzas le agotan de tal manera, que produce hijos raquíticos, y él mismo sucumbe a una muerte prematura, precedida con mucha frecuencia por una larga enfermedad.

La vivienda malsana les hace a él y a su familia víctimas de la escrófula y la tuberculosis. Se parece al prisionero perdido en pestilentes pantanos, a quien el contagio hiere al primer golpe.